



Seix Barral

Elvira Sastre

Las vulnerabilidades





Seix Barral Biblioteca Breve

Elvira Sastre

Las vulnerabilidades

1

No puedo quedarme dormida. Mi cuerpo está tenso, alerta. Tengo el brazo entumecido, hace tiempo que no lo siento. Deben de ser las cuatro o las cinco de la madrugada. Ella suda, tiene espasmos breves; parece un animal enfermo. Cada cinco segundos sacude el muslo izquierdo, se revuelve brevemente, noto cómo aprieta los dientes. A veces gime, el quejido tropieza en su garganta y me estruja la mano con brusquedad. Sus dedos son huesos afilados que se clavan en mi carne. Me hace daño; no puedo evitarlo, pero tampoco puedo dejar de abrazarla. Me fijo en ella lo poco que me permite la luz que me pidió que dejáramos encendida antes de dormir: debajo de sus párpados finos y violáceos sus ojos cabalgan con desenfreno. Se mueven tanto que es difícil saber si están en este o en otro mundo, pero creo que prefiero no saberlo. Ahí dentro están sucediendo cosas terribles.

Su pelo está empapado. Se lo aparto suavemente con la mano libre para despejarle la nuca y le soplo con delicadeza. Su sudor huele a restos de perfume y habitación cerrada. Ahueco la sábana para que el aire viciado respire y salga de su cuerpo escuálido. Huele igual que la ropa de los enfermos cuando tienen que recluirse en un cuarto y no salir durante días. Pero no me disgusta, para nada. Hay algo en él que me atrapa. No sé si es que me hace sentir tan triste que solo quiero coser mi piel al pijama que le he dejado y no separarnos nunca. Caerme con ella por el precipicio y rodar por todas las pesadillas y que me ensucie todo su dolor, todo su daño. Quiero mancharme yo también, impregnarme de toda esa porquería, herirme con las piezas afiladas de ese cuerpo adolescente y desnutrido, que solo está cansado. ¿Soy yo su último aliento? ¿Soy su única oportunidad?

Respira con tanta fuerza que podría agujerearme el esternón. No me importaría: todo lo que se parece a un hoyo me resulta hermoso. Es bonito que existan lugares en el mundo donde las cosas pueden desaparecer. Ojalá fuera mi cuerpo ese foso oscuro, el lugar en el que su daño se esfumara o se escondiera —a estas alturas poco importa la diferencia—, pero esta mierda no funciona así, no es tan sencillo. Lo único en lo que se parece la vida a los trucos de magia es en el tiempo breve en el que puedes mantener engañado al espectador. Al final, todos piden verdad, aunque sea la de saberse estafado, pero es

que fingir es necesario para existir. La sinceridad está extremadamente sobrevalorada. Y yo ahora pido mentira, pido engaño, quiero que me oculten las cosas, no quiero cargar con las responsabilidades afectivas que traen las realidades de cada uno, mucho menos si me perjudican. La existencia individual ya es sumamente complicada como para añadir la de los demás.

Es así: el mundo nos exige que seamos sinceros, que compartamos nuestros sentimientos, que digamos a cada momento cómo nos sentimos, qué nos apetece comer, en quién pensamos mientras estamos con nuestra pareja, si somos felices. Con la verdad se pierde el misterio, la intimidad, las estrategias de cada uno, esos rincones ínfimos que debemos conservar como seres humanos, las ganas —por qué no decirlo— de sabernos indescifrables, la capacidad de saber que existe algo que es solo nuestro, el rechazo a la frustración de no conseguir lo que uno quiere, la libertad de modelar la realidad a nuestro antojo. La verdad es algo que solo nos debemos a nosotros mismos, a nadie más. Porque sí, vale, todo te empuja a sincerarte, ¿y después qué? ¿Qué hacemos con ese puñado de realidades incómodas? ¿Qué hace el otro con ello? Es imposible fabricar una nueva existencia a partir de la verdad. Lo que queda al sincerarnos con los demás es la vida expuesta. Lo contrario de la verdad no es la mentira, es el misterio.

Es increíble cómo una figura tan pequeña puede hacer que toda una habitación se tambalee. No

podría dormir ni aunque quisiera porque el aire sale de su nariz como si fuera un ternero cabreado, detonando el silencio del cuarto. Hace un ruido casi desagradable, profundo. Lo expulsa con tanta fuerza que me recuerda a los cohetes cuyo despegue retransmiten por la televisión. Suelen estrellarse, aguantan unos segundos y explotan a escasos metros del suelo. Siempre me ha parecido algo innecesario. Querer llegar a otros planetas es la mayor muestra de arrogancia que existe. Me pregunto dónde va todo ese aire que está soltando por la nariz, hacia dónde dirige el oxígeno viciado que nos rodea a estas horas de la madrugada. Siento que se expande como un manto negro y, por un momento, a mí también me cuesta respirar.

No sé nada de animales salvajes, pero ahora mismo estoy velando el sueño de uno. Y no me puedo quedar dormida.

En este momento, más que verla, la escucho respirar. Cierro los ojos para concentrarme en su ruido y trato de buscarle una definición, algo que reconduzca esa energía hacia otro sitio. Me imagino su tabique nasal como si fuera una tubería sucia por la que el oxígeno desciende con cierta dificultad, impulsado por el esfuerzo de sus pulmones. Pienso en llevármela al mar, dejarla dormida en la orilla y esperar a que la sal irrite la parte interna de su nariz para limpiarla por completo, como las alcantarillas de los barrios pudientes cuando llegan la madrugada y los servicios municipales. Pero este

aire está viciado, no es bueno. Mancha toda la estancia, la impregna de una sustancia que pesa, que nos arrastra hacia el suelo y cava en él y entierra la luz y nos ahoga a nosotras. Ella vive en un círculo tóxico en el que respira el mismo aire que expulsa. Y yo estoy completamente obsesionada con su respiración.

Soy incapaz de contar las veces que me ha dicho que cuando abre los ojos tarda en ubicarse porque vive en una pesadilla constante y cuánto odia ese momento en el que se da de bruces contra la realidad. Su vida es mucho peor que cualquier pesadilla, así que la entiendo. Además, me gusta verla dormida porque es el único instante en el que creo que consigue enfrentarse a su angustia. Y prefiero que duerma porque lo que le espera fuera de su sueño es un auténtico tormento. Al menos, pienso, le quedan esos ínfimos segundos, tan tortuosos como esperanzadores, en los que pensará que su vida es otra, como cuando tienes una herida abierta, te despiertas y no te duele hasta que transcurren unos momentos. Hay consuelos que son criminales.

El plan no era dormir juntas. No quería dormir conmigo, dice que se hace pis encima, que no quiere que la vea nadie así, que se muere de vergüenza. Ni siquiera quería quedarse en casa. Pero logré convencerla y le hice prometerme que me despertaría si no conseguía dormirse. A eso de la una de la madrugada, ha aparecido en el quicio de la puerta, que siempre dejó abierta para que mi perro pueda salir

a beber agua. Ha susurrado mi nombre y me he levantado como un resorte, y eso que mi sueño es profundo. Estaba llorando, de nuevo esa respiración entrecortada, el aire subiendo y bajando por su pecho a una velocidad enferma, como un ascensor estropeado. «Perdóname, Elvira, es que me está pasando una cosa que me está angustiando mucho y yo solo quería preguntarte si tú me sigues creyendo en todo.» He colocado sus huesos marchitos sobre los míos y la he acompañado hasta la habitación. Nos hemos deslizado sobre el mármol como si ese movimiento estuviera destinado para nosotras. Ese gesto, el de su cuerpo infantil cayendo en el mío en un único intento, es una de las pocas cosas luminosas que me quedan ahora, más de un año después de conocerla. Todo lo que rodea a Sara es tan triste que cuando pienso en ella me esfuerzo por recordar ese pasillo olvidado y oscuro por el que nos deslizamos creyendo que lo que nos esperaba al final era algo más amable que sus pesadillas y mi daño, que al menos estábamos juntas y dispuestas ambas a rellenar los huecos, que ella iba a conseguir limpiarse y yo iba a estar ahí para verlo porque necesitaba desesperadamente aferrarme a ese deseo, que era lo único que tenía y lo único que podía darle.

«¿Vas a quedarte a mi lado, aunque nadie quiera estar conmigo, Elvira?»

La he abrazado.

«Voy a estar contigo siempre, Sara, te lo prometo, no te va a pasar nada malo.»

2

Recibí el primer mensaje de Sara un día que tenía mucha prisa. Estaba trabajando en casa en una campaña para concienciar sobre la protección de datos en casos de filtración de vídeos de contenido sexual. Buscaba darle amplitud y compartir las posibles soluciones, así que pensé en una estrategia algo arriesgada para conseguir que la campaña tuviera más éxito en redes sociales. Durante unas horas fingí que me había sucedido a mí. Que alguien había filtrado sin mi consentimiento un vídeo de contenido sexual y que yo me quería morir. Sabía que así tendría mucho más efecto, aunque solo fuera por el morbo. Terminaba aquella confesión con un enlace a la Agencia Española de Protección de Datos, gracias a la cual había encontrado una solución. Y pronto se hizo viral. No calculé los riesgos personales y el teléfono se llenó de llamadas de familiares y amigos preocupados. Empezaron a apa-

recer artículos en prensa, algunos con bastante inquina, por lo que no tardé en desvelar que mi caso no era cierto pero que, por desgracia, existían miles de casos similares cuyas víctimas desconocían los protocolos más efectivos de actuación. Ese día recibí muchísimos mensajes, unos cuantos de ánimo, pero tantos otros de mujeres contándome sus experiencias, confesando su ansiedad ante la pérdida de la intimidad. Todos con un mismo punto en común: una herida irreparable. Con todas contacté, a todas respondí y remití a la agencia, donde una puede conseguir de manera rápida que el vídeo se retire de internet, siempre sin sustituir la denuncia correspondiente, que también es necesaria.

Mi teléfono se encendía de manera intermitente. No paraba de recibir mensajes de mujeres que estaban pasando por lo mismo y leerlas era muy doloroso. Por momentos, me arrepentí de mi estrategia y deseé volver atrás. Pero no podía apartar la mirada de la pantalla, ávida de algo que me sacara por un instante de toda aquella incomodidad. A veces me ocurre y quiero estar en otra parte, en un lugar que me saque por un instante de mi cabeza, que está llena de aire y a veces se convierte en huracán. Tengo cierta tendencia a la evasión, pero también se me da bien disimularlo. Existe algo profundamente humano en la huida. Es un instinto, un movimiento de resistencia, un recurso existencial. La literatura tiende a relacionarlo con el abandono y crea en esa asunción un matiz, nada leve, de

culpabilidad. Nadie que huye es inocente. Nadie que decide no intentarlo merece una recompensa. Pero es que ni todo lo que se consigue cuando uno lo intenta es justo ni renunciar es un fracaso. A veces, una huye hacia dentro, como cuando estamos tristes y nos replegamos buscando cobijo en nuestro propio cuerpo; otras, hacia fuera y nos expandimos, como una sábana, cubriéndolo todo de una niebla sutil que nos disimula. Yo huyo a la manera de los animales, por pura supervivencia.

Sara fue una de aquellas mujeres. Abrí mi carpeta de mensajes y vi su nombre. Esas cuatro letras brillaban entre la oscuridad de las docenas de mensajes sin leer, titilaba como un bichito de luz a medio gas. Era febrero. Recuerdo que el aire azotaba con fuerza los ventanales del salón. Viento, mi perro, levantaba cada dos por tres las orejas, alerta ante el ruido, para después dejar caer la cabeza con resignación sobre el cojín. Suele lanzar un suspiro prolongado cada vez que descubre que no hay motivos, como si no encontrase sentido a su existencia y se sintiese inservible. «Si no puedo protegerla, ¿qué hago aquí?», imagino que piensa mientras me mira fijamente. Entonces pide un mimo y vuelve a quedarse dormido; el amor ha de ser siempre el consuelo. Debe de ser complicado vivir como lo hace él, tan vigilante, poniendo al peligro siempre en jaque, dejándose vencer por los temores. La desconfianza no es más que un miedo mal enfocado, porque el miedo nos protege, pero la

desconfianza nos limita. Y yo le observo, soy capaz de escuchar el pulso acelerado que hace retumbar todos sus órganos, tan pequeños, y desde la distancia le compadezco porque también le entiendo, intuyo el origen de todo su daño, y procuro acomodar su vida para que su nervio sea el menor posible. Sé que no debe de ser fácil existir de esa manera. Y procuro recordarme cada día que no puedo salvarle de sí mismo.

Ahora que todo ha llegado a su fin, el nombre de Sara resuena en mis oídos como un silbido cada vez que alguien lo pronuncia. Volteo la cabeza como los perros, aunque me halle a kilómetros de ella. Hay algo instintivo en ese giro, un impulso salvaje que no he querido domesticar. Sé que una parte de mí sigue unida a ella y lo estará siempre. Sara fue el alimento de los caníbales, la rendición de la culpabilidad, el destino de todos mis cuidados. No sé cómo zafarme de esa sensación tan pegajosa, tan dependiente, voy buscando alimento en otros cuerpos, pero ninguno me ha necesitado tanto como el suyo y pierdo pie porque no sé dónde colocarme. Cuando no encuentro alguien a quien socorrer me siento dañada, como si una parte de mí se estuviera muriendo de sed.

¿Quién me ha enseñado a querer así? ¿De dónde nace este impulso mamífero que me lleva a dar cobijo a todo lo que encuentro abandonado? Existe algo ególatra en la domesticación del daño. Llevo toda la vida tratando de amansar mi dolor y sien-

to que quiero entrar en el de los demás, enseñarles mis trucos, decirles que vivir así también es posible, también merece la pena. Pero creo que todo eso no es más que, de nuevo, una fuga desde mis propias limitaciones. Reconozco mis angustias en las de los demás y no las quiero para ellos. Si pudiera, pienso ahora, llevarme a mi cuerpo la tristeza de todos los seres que quiero, lo haría sin dudar, como el que se pone delante del que van a atropellar. ¿Es amor incondicional al otro? ¿O es falta de amor propio? ¿Es bondad con el necesitado? ¿O es mi propia naturaleza perfeccionista —y errónea— que cada mañana repite en mi cabeza «eres capaz de soportar tu daño y también el de los demás»? Vuelvo a mirar a Viento. Vivir a mi manera también es complicado.

«Siento molestarte, seguramente no me leas, pero por si acaso lo haces solo quería decirte que yo ahora mismo estoy pasando por lo mismo que has publicado. No tengo fuerzas para decirte nada porque sé que diga lo que diga te vas a seguir sintiendo mal, así que solo puedo decirte que no estás sola y que creo que muchas personas te entendemos, aunque ojalá no fuera así, y que todo pasa. No sé qué más decirte, lo siento, solo que intentes aguantar como puedas hasta que pase y que no te sientas sola. Yo estoy contigo.»

Pienso en el trámite que tienen que pasar todas esas mujeres, que no solo ven ultrajada su privacidad, sino que también sufren un rito de cuestiona-

mientos constantes. Es una violencia expansiva que ahoga, que se extiende y lo sofoca todo, que se cuela por las rendijas como un virus, imperceptible al ojo humano, y lo aniquila todo con la lentitud de los venenos. Es un sometimiento que tiene repercusiones irreparables que van mucho más allá de lo inmediato. ¿No es esto último, quizá, lo más importante, lo que deberíamos tener en cuenta? Las consecuencias no terminan en la agresión: empiezan con ella.

Hubo algo en las palabras de Sara que me hizo pararme en ellas un poco más que en otros mensajes. No me daba la sensación de que buscara una respuesta, es más, creo que estaba escrito sin intención alguna de encontrarla. Era un mensaje lanzado al aire con propulsión natural, una gota más en un vaso. Había amabilidad, cierta ternura en el atropello de las sílabas, parecía un mensaje hablado más que escrito. Empezaba su mensaje pidiendo perdón, como quien pide permiso por existir; parecía formar parte de su lenguaje de una forma innata. Deslicé la pantalla hacia arriba y comprobé que habíamos hablado en otras ocasiones, pero mi teléfono no dejaba de sonar y no presté más atención. Me apresuré a explicarle la intención de la campaña y le facilité el protocolo a seguir para que pudiera poner solución a la situación que estaba atravesando.

«Me alegro muchísimo de que no te haya pasado, Elvira, muchas gracias, es que creo que no

me compensa denunciarlo, pero gracias por decírmelo y por hablar de esto. Me alegro de corazón de que estés bien y de que no te hayan hecho daño.»

En los siguientes mensajes traté de convencerla de que la denuncia era la mejor salida. No tenía la sensación de que rechazara la ayuda, sino de que estaba perdida ante una situación complicada. Alguien le había robado su intimidad y con ella su capacidad de reacción. Me la imaginaba paralizada, hecha un ovillo en el rincón de su habitación esperando que pasaran las sirenas y las luces de los focos se apagaran. Cuando te coaccionan de esa manera, lo último que quieres es estar más expuesta aún. Cierras los ojos, aprietas fuerte los dientes y esperas que pase, como cuando te das un golpe y no puedes gritar. Esa tristeza pegajosa estuvo en ella desde aquella primera conversación. La resignación es una emoción pavorosa. Entregarse de esa manera a las circunstancias, saberse incapaz de cambiarlas, rendirse, en definitiva, está a un paso de la opresión. Leí sus palabras y me entraron ganas de sacudirla, de cogerla por los hombros y moverla con la suficiente rapidez como para que se cayera de ella todo ese polvo, toda esa flaqueza.

«Coge las armas que existen y defiéndete como puedas, Sara. Tú no tienes culpa de nada. Tienes derecho a vivir tu vida y tienes derecho a protegerla.»